

EL VOLCAN MAUNA LOA DE HAWAI

UNA ASCENSION A LA DIOSA DEL FUEGO

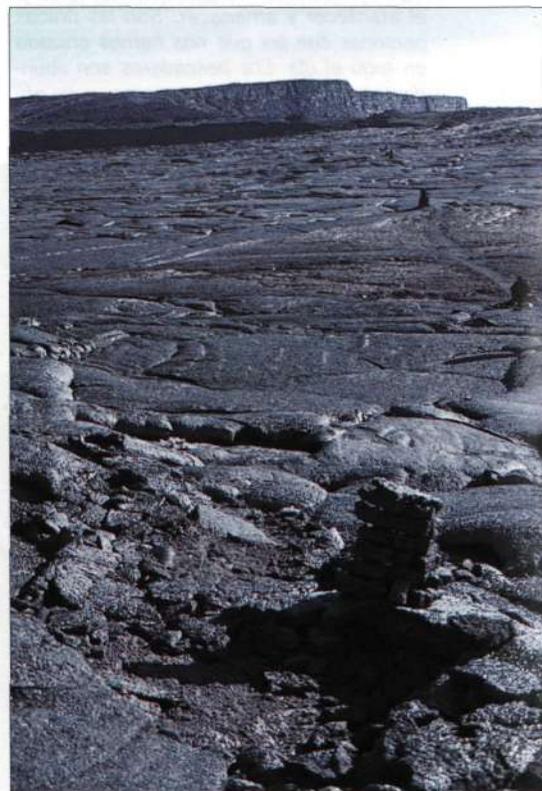
José Martínez

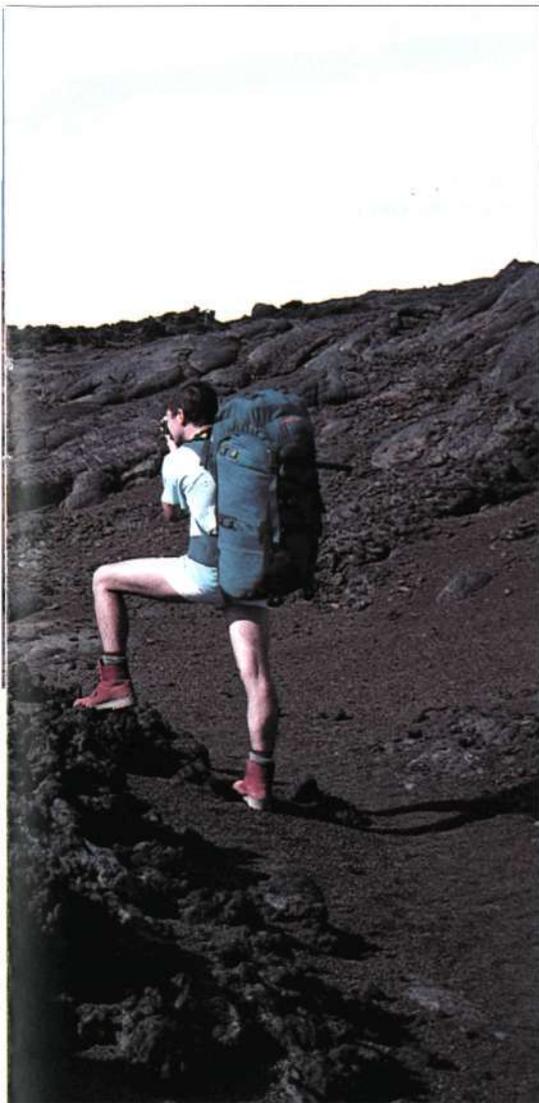
NO habíamos visto fotos de este lejano volcán pero aparentemente la idea era sumamente atractiva, al menos sobre el mapa. Imaginábamos algo semejante al Teide, con más de 4.000 m. de altura, en una isla perdida en medio del océano Pacífico y además en permanente actividad.

No sabíamos qué llevar exactamente pero preferimos pecar por exceso. Aún sonrío cuando me veo junto a Eduardo frente a la silueta de este tremendo pero achatado volcán con crampones y piolet. ¿Qué hacer con ellos?. La nula inclinación de sus laderas (5 ó 6º) explica el por qué esta montaña es la mayor del mundo si se toma como referencia su base, superando incluso al Everest. Aunque sólo 4.000 m. emergen del

mar, el resto, más de 5.000 m., se encuentran debajo, descendiendo con la misma inclinación, teniendo en su base un diámetro muy superior a los 100 km.

Hawai'i ("The big island") es la más joven de las islas que conforman el archipiélago y se formó gracias a la acción de 5 volcanes: Kohala, el más viejo; Mauna Kea, cuya última erupción fue hace unos 4.000 años; Hualalai que no registra actividad desde 1801 y Mauna Loa y Kilauea, que aún están activos. Quizá sea Hawai'i el lugar del planeta donde mejor estudiados han sido los volcanes por la propia naturaleza de los mismos. Al tener poco gas disuelto el magma que proviene del centro de la tierra (1%), la lava surge sin explosiones violentas, fluyendo viscosa por las laderas, lo que supone menor peligro que en los volcanes del tipo estromboliano.





El paisaje se hace monótono sobre los mares de lava del volcán Mauna Loa.



El desolado y lunático paisaje parece tallado por las manos de un artista. Entre el miedo a despertar las iras del volcán de Mauna Loa se pueden descubrir pequeños signos de vida, en una despiadada lucha por la existencia.



Pele, la diosa de los volcanes

Tras los numerosos y aburridos saltos dados en avión la aventura empezó cuando por fin nuestros ojos pudieron fijarse en los acantilados de la costa Este de la isla, envueltos en nubes, casi al anochecer. El tiempo no era todo lo estable que deseábamos pero no podíamos perder tiempo esperando. Aunque creíamos que íbamos a notar bastante el cambio de hora, pudo más el deseo de empezar a caminar y muy temprano nos pusimos en marcha hacia el Parque Nacional de los volcanes de Hawai'i en el flamante coche alquilado el día anterior. La influencia del tipo de vida norteamericana en la isla era más que evidente, como si fuese un apéndice del continente: perfecta organización, limpieza, jardines inmaculados rodeando casas prefabricadas, buenas carreteras, precios asequibles, "comida basura", ...

Acababan de abrir las puertas del parque y, tras consultar el mapa y extraer una idea general de lo que podíamos y deseábamos ver, nos dirigimos en primer lugar hacia la gran caldera del volcán Kilauea, con 62 erupciones registradas entre 1750 y 1983. Debí ser impresionante ver este gran agujero (4 x 3 km) lleno de lava en ebullición. Al pasar junto a Halema'uma'u, cráter interior de la gran caldera donde vive Pele, la diosa de los volcanes, descendimos del coche para dar un paseo por sus bordes, agrietados e inestables. Cerca del filo existían por todas partes ofrendas de flores y frutos ofrecidos por los habitantes de la isla a la diosa que allí habita. Al fondo, por primera vez, pudimos ver nuestro objetivo, un poco deprimente a primera vista, una actividad poco sugerente. No era el momento de volverse atrás, teníamos que intentarlo al menos.

La carretera proseguía por la denominada "Chain of craters road", donde paramos bastantes veces para fotografiar los mil cráteres que jalonaban ambos lados del asfalto. La vegetación poco a poco había ido colonizando este lugar calcinado y aparentemente inactivo, aunque se podían observar fumarolas escapando entre la maleza. Más adelante nos internamos en una amplia llanura caótica, muerta, desértica, en la que sin embargo también podían encontrarse motivos donde recrearse, aunque sólo fuera por puro contraste, por extraña e irreal, por apocalíptica.

Cuando la carretera empezó a bajar hacia la costa vimos la gran rampa por la que se precipitó la lava antes de internarse en el mar para seguir añadiendo metros cúbicos a la isla, que poco a poco iba creciendo conforme la tierra vomitaba productos de sus entrañas. A pocos kilómetros la vuelta se impuso pues nos encontramos con la carretera cortada. Las lenguas de lava que expulsa el volcán Pu'u'O'o desde 1983 han conseguido cortarla y el hombre no la ha rehecho por considerarlo una causa perdida.

¿Cuándo llegamos al refugio?

El tiempo había pasado volando y era necesario aligerar si queríamos ascender hasta el refugio Red Hill Cabin (3.059 m.), primera etapa en el viaje de subida al volcán Mauna Loa (4.169 m.). Tras obtener los permisos necesarios en el Centro de Visitantes del parque, la subida prosiguió por una carretera que poco a poco fue haciéndose más estrecha. Aunque al principio estaba flanqueada a ambos lados por una tupida vegetación, empezaron a aparecer intermitentemente tramos más despejados, calcinados por antiguas riadas de lava. Donde dejamos el coche, sin embargo, los árboles eran aún una parte importante del paisaje.

A medida que ascendíamos la vegetación iba disminuyendo de tamaño y poco a poco fuimos encontrándonos tan solo con matorrales bajos y algunas pequeñas plantas que luchaban valientemente por sobrevivir en medio de un gran desierto de lava de todos los colores. La senda hacía muchos zigzag y no resultaba demasiado agradable caminar sin saber dónde se encontraba el final. Esa ausencia de referencias evidentes nos causaba desazón y angustia porque además vivíamos las primeras horas de marcha, esas en las que el cuerpo se rebela ante la carga suplementaria añadida a la espalda.

Cuando por fin divisamos el refugio, una especie de euforia se apoderó de nosotros. Había una persona en su interior pero nuestro vocabulario de inglés no dio para mucho. Vivía en una de las islas vecinas y su excursión finalizaba en esta cabaña. Caímos rendidos de cansancio.

Borrachos de altura y aburrimiento

El amanecer fue precioso por la calidez de los colores. Habíamos descansado lo suficiente y las mochilas, aliviadas de peso, con lo imprescindible, eran otra cosa, unas perfectas compañeras de viaje. La lava consiguió embriagarnos con sus rarezas durante las primeras horas, volviéndonos infinitamente receptivos a sus caprichos geológicos. El sendero estaba perfectamente balizado y no exigía apenas atención. Nada estaba dejado al azar, a la aventura o a la improvisación, era inevitable caer en las garras de la rutina. El sol, la altura y la monotonía del paisaje, a pesar de la ilimitada variedad de formas, texturas y tonalidades, fueron haciendo pesadas las horas. Ni gota de vida. De esas horas sólo recuerdo con cariño algunas escenas sueltas: Eduardo paseando entre un suelo cubierto con caramelos de chocolate, el descenso a los grandes tubos volcánicos que encontramos en el camino, las grandes bombas volcánicas que algún día silbaron por los aires, la "lava cordada", la especie de autopista por la que paseamos durante un buen rato, recta, lisa, como tallada a mano....



Luminosa imagen del Waipio Valley.

En Confluencia estábamos más o menos bien físicamente pero teníamos una especie de borrachera producida por una mezcla de altura y aburrimiento. Escondimos las mochilas bajo unas piedras y caminamos en dirección a la cumbre como autómatas. El sol castigaba sin piedad. La ausencia de inclinación desesperaba porque aparentemente no se avanzaba. Cualquier punto de la gran planicie podía ser el más alto. La cumbre (4.169 m.) fue, como era de esperar, un lugar anodino donde antiguos caminantes erigieron un promontorio de rocas en medio de la larga arista que conformaba el borde del cráter.

A nuestros pies estaba Moku'aweoweo, la gran caldera del volcán mayor de la tierra, cuya última erupción grande fue en 1949, cuando más de la caldera fue rellenada con nueva lava. Hay sin embargo trozos de lava arrojados al exterior en 1984. Son tan impresionantes sus dimensiones que uno no siente la sensación de estar en la cumbre. El cráter tiene 5 x 2.5 km. y unos 180 m. de profundidad aunque esta última cifra ha variado considerablemente a lo largo de los años. En 1840 tenía 300 m. y en 1914 se llenó, desbordándose la lava por sus costados. En la actualidad posee dos pequeños conos en ambos flancos (North y South Bay) y parece dormido aunque en algunos puntos aún registra actividad fumarólica.

El volcán Mauna Kea (4.205 m.) se recortaba al fondo del horizonte, en el otro extremo de la isla. Aquella era la montaña más alta del océano Pacífico aunque su ascensión era una meta poco apetecible porque se puede acceder en coche hasta pocos metros de la cima, donde se encuentra un importante observatorio astronómico.

Cuando regresamos de nuevo por las mochilas íbamos un poco cansados y en Confluencia había que elegir. No teníamos demasiada agua y propuse a Eduardo descender aunque pasáramos un poco de sed. Mi idea no pareció convencerle y optamos por dirigirnos al refugio que hay en la otra ladera del cráter (Mauna Loa Cabin -4.205

m.-). Caminar en dirección contraria a la que yo consideraba lógica por el simple hecho de obtener un poco de líquido me pareció una idea absurda pero el cuerpo lo agradeció.

Disfrutando al bajar de un planeta muerto

Al llegar a la cabaña estábamos congestionados, destrozados por el esfuerzo realizado en la larga jornada. Un poco antes de que cayera la noche llegó una pareja de austriacos que también regresaban de la cumbre, a la cual habían accedido por la vía que viene desde el observatorio de Mauna Loa (3.399 m.). Aunque ella venía tan cansada como nosotros, él tenía gestos serenos y radiantes. Charlamos un buen rato antes de que saliera al exterior a observar las estrellas. Su buen estado físico aun le permitía esos gestos "románticos". Nosotros sólo deseábamos algo mucho más prosaico: dormir, descansar, desconectarnos por unas horas del mundo.

Por la mañana nuestro amigo fue también el primero en salir del refugio, cargado con un gran trípode e infinidad de accesorios fotográficos. Supuse que ésa era la clave para obtener un buen reportaje, no dejarse ganar por la pereza que nos invade a esas horas intempestivas del día, esas en las que la luz ofrece los mejores colores y luce sus mejores galas. Antes de que el sol comenzara a achicharrar de nuevo las piedras emprendimos el camino de regreso.

La bajada fue mucho más hermosa, con más tranquilidad, mucha mejor luz, más fotos, más detalles, más receptividad. Poco a poco fui sintiéndome a gusto entre ese paisaje espartano y un poco lunar, parte integrante del entorno. Y me consideré elegido, dichoso por poder contemplar estos excepcionales, insólitos y mágicos rincones de nuestro variado y fascinante planeta. Edu fue viniéndose abajo y en Red Hill Cabin tuvimos que hacer un largo descanso antes de seguir bajando. Negras nubes

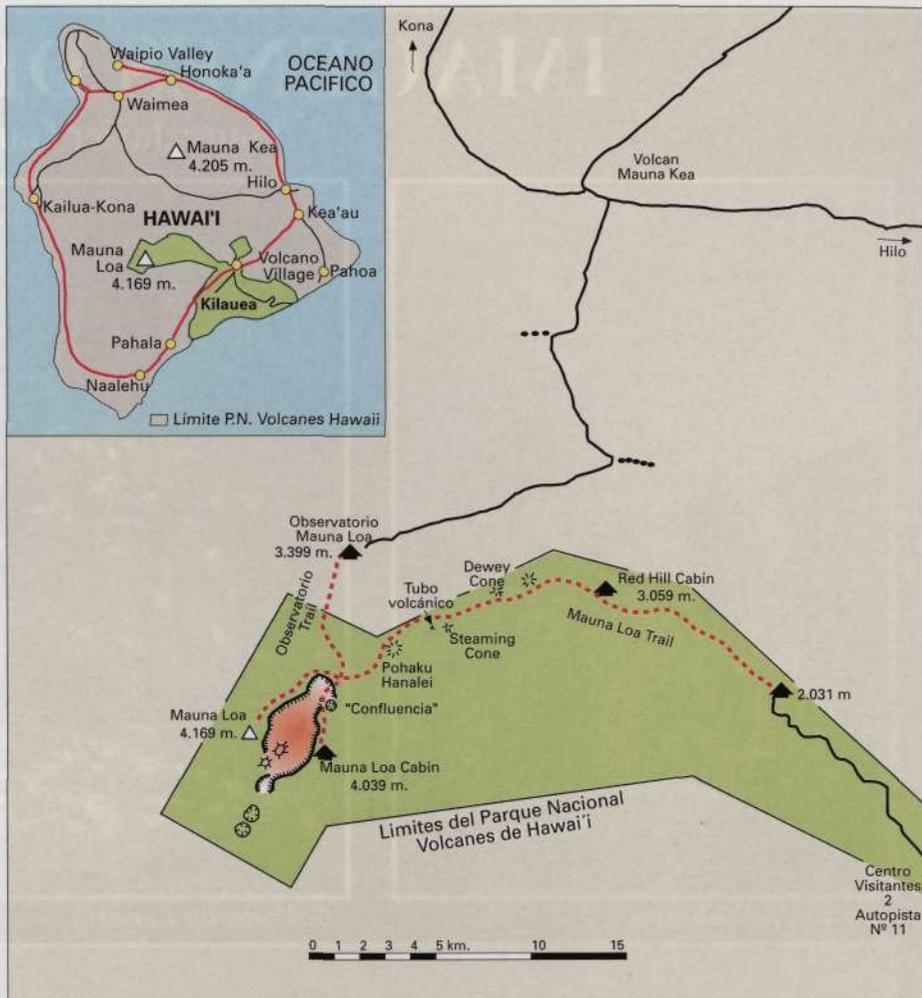
fueron cubriendo la cima del volcán e interiormente agradecemos ese generoso gesto de la naturaleza porque nos libró de un sol implacable. Los primeros signos de vida fueron apareciendo: pequeñas plantas y flores, lagartijas, insectos y aves que alegraban con su canto las últimas horas del día. Parecían insignificancias pero para nosotros cobraban un valor especial. Era como volver a ese paraíso del que tanto renegábamos en algunas ocasiones. Cuando divisamos de nuevo el coche respiramos profundamente. Acabábamos de vivir una experiencia única, sumamente interesante. Teníamos la sensación de haber regresado de un planeta en el que la vida estaba completamente negada.

El resto de Hawai'i

Los siguientes días de estancia en Hawai'i fueron también intensos. Primero recorrimos la costa Este para visitar "Akaka Fall's", conjunto de cascadas que responden a la idea original que yo me había formado de estas islas perdidas en medio del Océano Pacífico: vegetación exuberante salpicada con cientos de flores de todos los colores y olores imaginables. Todo era en grado superlativo y ese baluarte de paz y deleite para los sentidos nos hizo vivir instantes maravillosos. De ahí marchamos al valle de Waipio, en donde se puede disfrutar de un interesante paseo de dos o tres días si se dispone de tiempo, atravesando los valles de Waimanu y Waipio, donde aún vive gente que intenta mantener intacta la cultura de la isla. Allí pasamos la mañana, descendiendo hasta las primeras cascadas. Aunque la idea era hacer un circuito en redondo, regresando por una salvaje playa de cantos rodados, el cruce de un gran río en la mitad del camino nos hizo desistir del plan original. En medio del agua, casi arrastrados por la corriente, entendimos por qué la gente pagaba unos cuantos dólares por hacer el recorrido a caballo.

La costa oeste nos desilusionó y no hubo nada destacable excepto la visita al Parque Nacional de Pu'uhoonua-o-Honaunau, en el borde del mar, donde existen curiosas construcciones y estatuas de piedra y madera que representan los diferentes períodos de la historia de la isla, o el baño en una de las muchas calas donde, a pesar de estar el mar revuelto, pudimos bucear un rato para observar un bellissimo espectáculo de peces de colores nadando entre delicados ramajes de coral. El paseo en coche acabó en el punto de partida del viaje, en el Parque Nacional de los Volcanes de Hawai'i. Al final de la carretera, cerca de la costa, nos topamos con una gran caravana de coches y un cordón policial que impedía acercarse a la lengua de lava expulsada por el Pu'u'O'o. Desde diferentes perspectivas pudimos observar la larga masa roja deslizándose por la ladera en dirección al océano.

MIENTRAS que la mayoría de los volcanes de la corteza terrestre están situados sobre los bordes de las grandes fallas tectónicas en las cuales está dividida la tierra, Hawai'i es un caso particular y se encuentra justo en el centro de una de ellas, sobre la gran placa del Pacífico, en un punto caliente (hot spot) del globo terráqueo. Esa "fuente" inagotable de calor es la que ha ido formando durante cientos de miles de años cada una de las islas del archipiélago. La lenta deriva de la placa, en continuo movimiento hacia el oeste (unos 10 cm al año), hace que la acción volcánica de ese surtidor hirviente vaya ejerciendo su labor en diferentes puntos. Cuando Hawai'i aún no había nacido era Maui la isla que estaba sobre su vertical (el Parque Nacional Haleakala es una buena muestra de ello). Dentro de miles de años será Hawai'i quien quedará fuera de su radio de acción y entonces nacerá Lo'ihi, la isla que aún habita en el fondo del océano pero que ya se vislumbra bajo el mar. Hawai'i, entonces, quedará tranquila. Será el momento en que los agentes vivos tengan que ejercer sabiamente su función colonizadora, construyendo un rico vergel sobre este inmenso mar mineral, yermo, estático, calcinado, que parece vomitado por el mismísimo diablo. La vida habrá triunfado de nuevo.



DATOS PRACTICOS SOBRE EL MAUNA LOA (4.169 m.)

Ascensión efectuada durante los días 25 al 27 de octubre de 1994 por EDUARDO RUIZ y JOSÉ MARTINEZ, pertenecientes a la sección de montaña del Club de IBERIA L.A.E.

* * *

Aunque las etapas suelen realizarse más o menos como lo hicimos nosotros, de refugio en refugio por la total ausencia de agua, los tiempos empleados en los dos primeros días son bastante diferentes, resultando una marcha muy corta el primer día y demasiado larga el segundo. La bajada suele hacerse, en dos etapas pero apurando un poco, si las fuerzas lo permiten, se puede efectuar en el día.

Nosotros subimos el primer día hasta Red Hill Cabin (3,45 h, 12,5 km.), el segundo hicimos cumbre y dormimos en Mauna Loa Cabin (8 h, 27 km.) y el tercero descendimos hasta el punto de partida (8 h, 31 km.). Todos los tiempos están tomados sin contabilizar las paradas.

Una idea interesante para hacer más cómoda la ascensión es llenar un bidón de agua en el depósito que hay en Red Hill Cabin y continuar caminado hasta un tubo volcánico que hay a unas 3,30 h. del refugio. Allí se puede vivaquear y dejar un depósito con todo lo que no sea necesario (agua, comida, saco de dormir, ropa de repuesto...). El segundo día se puede subir hasta la cumbre y descender a dormir al punto de partida. Ello ahorra el acarreo de todo el material y hace más agradable la jornada. El tercer día se puede regresar cómodamente hasta la carretera. El paseo que hay desde Confluencia hasta Mauna Loa Cabin (4.039 m.) es una

paliza sólo justificable para proveerse de agua para pasar la noche, aunque merece la pena contemplar la enorme caldera del volcán desde ese privilegiado balcón.

Existe una ruta mucho más corta para ascender al Mauna Loa por la cara norte, saliendo desde el observatorio Mauna Loa Weather (3.399 m.). El problema es que las agencias de alquiler de coches prohíben el tránsito de vehículos por el centro de la isla (The Saddle Road). Para los amantes de lo "prohibido" es una solución factible que permite subir y bajar en sólo 2 días.

Para ascender al Mauna Loa es necesario inscribirse en el centro de visitantes Kilauea, situado en la entrada del Parque Nacional de los volcanes de Hawai'i. Es gratuito y sólo se hace por seguridad, para tener controlada a la gente que duerme en el interior del parque, posibilitando una rápida evacuación en caso de erupción del volcán. Allí mismo os informarán de cómo se encuentran las reservas de agua de los depósitos que hay en ambos refugios. No olvidéis llevar pastillas potabilizadoras. Cualquier época del año es buena aunque entre diciembre y febrero puede encontrarse nieve en las zonas altas.

Bibliografía:

- * BISIGNANI, J.D. "Hawai'i Handbook". Moon Publications Inc. 1990. 881 pag.
- * CHISHOLM, C. "Hawaiian Hiking Trails". The Fernglen Press 1991. 152 pag.
- * CALDWELL, P. "Adventurer's Hawai'i". Taote Publishing 1992. 144 pag.



El salto de Akaka Falls, en el Noreste de la isla.

Fotos del autor